

Los Juegos Olímpicos no dan, lo que el país no tiene

Alfredo Acle Tomasini©

Frustrados si, sorprendidos no. Los resultados que la delegación mexicana obtuvo en Atenas simplemente confirman un hecho al que cada cuatro años, nos enfrentamos irremediablemente: nuestro magro desempeño en las justas olímpicas. Basta mencionar que el promedio de medallas obtenido por México en Juegos Olímpicos es de apenas 2.6 por evento, y éstas, en su enorme mayoría, provienen de pruebas individuales, en tanto que la últimas preseas ganadas en un deporte de conjunto datan de 1936, cuando en Berlín los equipos de polo y basquetbol obtuvieron el bronce.

Pero nuestra crónica desmemoria, aunada a una visión idealista de los resultados que deseamos, como si con eso fuera suficiente para lograrlos, nos hacen pensar cada cuatro años que, por arte de magia, las cosas serán diferentes, hasta que apenas iniciados los nuevos juegos, la realidad se nos vuelve a hacer evidente. Y así, cuando eso sucede, - como justo ahora está empezando a ocurrir - la fatalidad de nuestro ciclo olímpico nos lleva a su fase de quejas, críticas y lamentos, donde cada quien busca capitalizar para su beneficio los despojos del desastre.

Y esa búsqueda de culpables que tanto sirve para lavar las culpas propias señalando las ajenas o para el cobro de viejas deudas, poco aporta al entendimiento de las razones que nos ayuden a explicar porqué para México las medallas olímpicas son una excepción y no la norma. De ahí que nuestros medallistas sean excepcionales, no por lo meritorio de sus logros, sino porque surgen de la espontaneidad de esfuerzos individuales y aislados, y no como resultado de un quehacer social y, sobretodo, de una cultura deportiva.

Si somos sinceros, debemos reconocer que en cada justa olímpica lo que se evidencia es que la práctica deportiva no forma parte de nuestra vida cotidiana, y menos aún de nuestros valores culturales. Conclusión que no requiere de profundas investigaciones, porque basta observar la carencia de programas e instalaciones deportivas en la mayoría de la escuelas. Particularmente de preparatoria hacia abajo

Mientras que en las distintas disciplinas deportivas no existen organizaciones serias, bien estructuradas y con presencia nacional que, a partir de los niveles infantiles, se encarguen de seleccionar y formar deportistas mediante procesos planeados y escalonados, para que a través de ellos se desarrollen atletas capaces de competir decorosamente en una olimpiada, pero también quienes los irán sustituyendo cuando termine su ciclo. Más aún, el hecho de que sólo dos medallas haya provenido de deportes colectivos comprueban que muchas de nuestra federaciones deportivas tienen más de membrete que de efectividad.

Pero sería erróneo asumir que nuestro bajo desempeño deportivo se debe exclusivamente a problemas de organización y planeación; o a las ancestrales pugnas de los dirigentes deportivas; o al secular amiguismo. Desde luego que todo esto influye, sin embargo no son razones que lo explican del todo.

Si consideramos que la práctica seria de cualquier deporte significa que un individuo se someta al reto de superar de manera continua una determinada meta, llámese: tiempo, altura, perfección, peso, etc. lo que no es otra cosa que manifestar un motivo de logro expresado en una superación de estándares cada vez más altos, cabría preguntarnos si este comportamiento forma parte de nuestra conducta colectiva y cotidiana.

Desgraciadamente, hechos de nuestra vida diaria parecen indicar que no somos proclives a la constante superación de estándares, y que incluso preferimos ajustarlos hacia abajo. Por ejemplo, esperamos, y de hecho así ocurre, que el plazo para cubrir un trámite se prorrogue o que los intereses moratorios se condonen o que se difiera el inicio de la vigencia de una disposición. Recordemos también los fracasos de las distintas reformas universitarias que se han planteado para mejorar su nivel académico y sus investigaciones, e incrementar la efectividad de los recursos que cada año le aportan los causantes; que nos den, pero que no nos exijan.

Más que un escaparate deportivo, una Olimpiada es un muestrario que permite ver a los pueblos más allá de sus deportistas, porque el desempeño de éstos está asociado a su capacidad de organización, a sus valores y su cultura. En el ámbito deportivo la forma como estos tres elementos se manifiestan en cada país, explican sus logros y fracasos. Por eso poco se cosecha, cuando poco se siembra; Los Juegos Olímpicos no dan, lo que el país no tiene.